VII

La fábrica de mantas está en uno de los paraísos de los barrios de la ciudad. Se va á ella por calzadas que tienen á los lados verdaderas paredes de árboles, y por techo ese cielo de la costa, que al caer la tarde toma un dulcísimo color verde, como si en él se reflejara el mar. La exuberancia de esa vegetación es inconcebible; la pluma no la puede pintar; apenas el pincel podría darnos idea de ella. Es un bosque á cada lado, lleno de esas sombras que parece encierran un misterio, y de esas voces confusas, que siempre nos hemos figurado como las palabras de la canción de los recuerdos de nuestra alma: es la música que hace asomar á los párpados una lágrima, sin oprimir el corazón; y á veces nos lleva hacia mundos desconocidos, y nos hace pasar las horas sin pensar, sintiendo solamente una beatitud vaga, que no podemos darnos cuenta de si es una memoria de un edén perdido ó un presentimiento de alguna otra realidad deliciosa como un sueño. Allí se comprende, como en el Fausto de Goethe, que "el bien de la esperanza reverdece el valle," y como él, el corazón dice

muy alto: "aquí soy hombre y me atrevo á serlo."

En el fin de ese camino de leyenda, se ve una reja pintada de verde, y á través de un patio que es un jardín cubierto de flores, se levanta una fábrica de dos pisos, de ladrillo encarnado, en la cual centenares de obreras ayudadas ya del vapor, ó ya del agua que á intervalos mueve la rueda de la máquina, elaboran las mantas famosísimas de Colima.

Jamás hemos podido contemplar sin enternecernos esas fábricas en que jóvenes obreras forman una deliciosa colmena; allí, limpias, elegantes, coquetuelas, trabajan y sonríen alumbradas por el sol del cielo y por la virtud, sol que brilla en un firmamento más elevado. Esas niñas, tal vez condenadas á la miseria, y con la miseria á una vida de perdición, son felices, se han hecho superiores á su sexo bastándose á sí mismas, y cuando trabajan parece que de sus espaldas brotan alas blancas de ángeles. El trabajo las ha redimido de la esclavitud del hombre, y del vicio. El trabajo es el primer redentor.

Tanto considerada social como económicamente, esa fábrica es una garantía y una promesa de progreso, de bienestar y de moralidad. Es verdad que los colimotes se han olvidado de levantar el templo en donde se ora á Dios en latín y don-

de se le llama á esquilazos; pero no han olvidado el templo del trabajo, en el que se ora á Dios con la respiración formada por el pecho al dilatarse con la fatiga, en el que sirve de incienso el vapor y de "muezzín" el pito periódico de la caldera. Ya pocos hombres dudan cúal de estos dos templos es más hermoso. Dios ha escogido las oraciones del segundo.

VIII.

Los colimotes han olvidado ya sus costumbres religiosas. Cuando pasamos por aquella ciudad ya no existían, y solamente las conocimos porque nos las contaron.

Si se reflexiona un momento, no podrá menos de impresionar la prontitud con que nuestros pueblos han olvidado las prácticas religiosas de tres siglos. Esto se nota en nuestra capital. Hace todavía muy poco tiempo, tan corto que todos lo recordamos, había un gran entusiasmo por las procesiones y por las luces. Parece que vemos todavía las calles llenas de arcos de tápalos de burato de China y de mascadas de seda de la India; los empedrados regados con flores; las aceras atestadas de gente del pueblo;

los zaguanes con sillas; las posas; y los balcones en donde viejos y viejas, las jóvenes y sus novios, el empleado, el periodista, el poeta y el político, todos sin excepción formaban una algazara, si no muy piadosa, sí muy alegre. Había verdadero alboroto por los días de procesión, é igualmente por las noches de luces. Estas eran nueve días de tertulias en las casas, y de vendimias y paseos en las calles; y el último era el de la salva en que se quemaban al amanecer miles de miles de cohetes, y en la noche se ponían tablados de desconcertadísimas músicas, y había cohetes corredizos, y amoríos, y las novias se privaban, porque en esa época el género romántico era el de moda, y los papás jugaban á la malilla, y las mamás tomaban chocolate, sin dejar de hacerse acompañar de alguno de esos jóvenes cuyo tipo se va escaseando mucho, que hacen suertes con baraja, ó saben con precisión donde está el jubileo, ó componen brindis en verso los días de los santos.

Estas costumbres, tal vez porque se confunden con los primeros celajes de la aurora de nuestra niñez, nos parece que tenían un grande atractivo, y nos han hecho meditar mucho en la indiferencia con que después se han visto. En los puntos de los Estados en donde la revolución ha pasado con más fuerza,

ya están olvidadas: las revoluciones llevan en la mano la guadaña del tiempo, y van segando todo de raiz.

Pues bien; nosotros no nos hemos podido explicar esto, sino de la siguiente manera.

Nuestros pueblos no han tenido verdaderas costumbres religiosas; éstas no se arrancan con una ley; después de siglos todavía subsisten. Y nuestros pueblos no han tenido tales costumbres, porque no han tenido religión. Les fué impuesta por los conquistadores, y la han practicado maquinalmente, sin hacerse de ella una costumbre del corazón.

IX

En el año de 1864 había ya en Colima una indiferencia palpable. En otros tiempos hubo un convento de mercedarios y otro de San Juan de Dios; hoy queda un solo sacerdote. El fanatismo de aquel pueblo permitió que los hombres de sotana azotaran el cadáver de uno de sus más ilustres gobernadores; hoy hemos visto pasar una Semana Santa, como pasa cualquiera otra semana.

En años atrás, la Semana Santa era de grandes solemnidades allí. A poca distancia de la ciudad hay un lugar llamado el Pueblito, en el cual se venera un Cristo que aquellas sencillas gentes creen muy milagroso. Romerías á rezarle emprendían en esa época, é iban á llevarlo á Colima en una solemne procesión. Era costumbre que los que se juzgaban muy pecadores, se pusieran, para hacer el camino, grillos en los pies, y casi siempre volvían con la carne desgarrada. Lujo era en la procesión, en que paseaban en la ciudad al Señor del Pueblito, llevar la punta de uno de los cordones que pendían de la cruz. Y se cuenta que era tanta la cantidad de cera con que iban los fieles alumbrando, que al día siguiente el sol la derretía en el empedrado.

X

Las costumbres basadas en ideas absurdas de preocupaciones religiosas, han desaparecido allí; pero todavía hemos visto una que creemos de nuestro deber participar á nuestros lectores.

Ha sido idea muy antigua de todo el pueblo bajo de nuestra República, hacer bailes ó "velorios" á los niños cuando se mueren. Dicen que siendo inocentes van al cielo, y que nadie debe entristecerse al

ver á un sér querido abandonar este valle de lágrimas por las delicias del empíreo. Esta idea, como todas las que son falsas, produce una contradicción profunda con los sentimientos de la naturaleza. La madre que ha perdido un hijo, y que siente tormentos infinitos, debe alegrarse y asistir al baile que se celebra delante de su yerto cuerpecito.

En Colima, después del correspondiente fandango, se viste al niño de San José ó Purísima, y cubierto de flores se le lleva, como en las demás partes, al sepulcro. Pero allí hay la particularidad de que antes lo pasean en procesión por la ciudad. Repentinamente se oyen cohetes, sale uno á ver, y es la procesión acompañada de su correspondiente música de arpas; los que las van tocando se cuelgan la parte superior al cuello, y delante camina otro hombre de cuya espalda va colgada la parte inferior; los dos van muy serios como mulas que conducen una litera, y el músico va tocando con la misma gravedad que llevaba el rey David cuando pulsaba su arpa andando delante del Arca.

El corazón sufre al ver un niño muerto, una familia desolada, y esa alegría ficticia impuesta por los errores de las creencias

XI

El Miércoles de Ceniza tienen los colimotes una costumbre que es, en nuestro concepto, enteramente local, pues no la hemos encontrado en ninguna otra parte de la República. Cualquiera dama puede dirigirse en la calle á cualquier caballero y llamarlo compadre, aunque no lo conozca y sea la primera vez que lo ve: esas dos personas quedan compadres durante todo el año, y es además obligación del compadre hacer un regalo precisamente de fruta á la comadre:

Fácil le es comprender al lector cuántas anécdotas resultan de costumbre tan original, de la cual gran partido podría sacar un novelista. Y no se admire nadie de que una joven se dirija á un apuesto galán á quien no conoce, que eso y más permite allí la libertad de las costumbres. Día á día se ve á las bellezas de Colima paseando del brazo de sus adoradores, mientras que las mamás quedan en casa; y no por esto hay por allá más desafueros que por esta buena ciudad en que se da á la mujer vida de reclusa: lo que prueba cada vez más que ni las rejas ni los cuidados forman la virtud.

XII

Los colimotes substituyen los bailes de máscaras con sus originalísimos bailes de harina. El calor haría imposible llevar una careta; pero el hombre sabe suplir á todo, lo mismo á las necesidades que á las diversiones. Y todavía hay filósofos que de bípedo despreciable lo califican! Estos bailes de harina parece que fueron llevados de Tepic, de donde son originarios, y para que mejor se comprenda todo lo particular que tienen, vamos á contar una anécdota acontecida á uno de nuestros compañeros de emigración.

Todo el mundo conoce á C. P., joven héroe de algunas diabluras de Constantino Escalante; no hay quien no lo haya visto con su traje á la última moda, su barba bien peinada, su caja de polvos en la mano, y sus lentes que le oprimen despiadadamente la nariz. Pues bien, este elegante marchó también en alas del patriotismo, como diría un poeta, tan luego como los franceses ocuparon la capital; pero no pudiendo olvidar sus costumbres galantes, hizo de seductor "por donde quiera que fué." Figuráos, pues, á nuestro dandy, que una buena mañana recibe una invitación para un baile de

"harina" que debía verificarse en la noche en la casa del rico comerciante O. ¿Cómo faltar al campo más propicio para las conquistas amorosas? ¡Imposible!

Saca nuestro héroe el frac, y lo pone al sol para que se desarrugue; acepilla con cuidado el pantalón negro, arregla el chaleco y la corbata; y á la hora precisa se dirige y llega á la casa del baile; sube entre un bosque de macetas, cruza los corredores convertidos en jardines, y desde ellos contempla parejas que en torbellino pasan valsando al compás de una inspiración de Lumby, admirablemente interpretada por las arpas de los costeños: allí no se usa el alegre y bullicioso bandolón; el arpa con sus vibraciones melancólicas hace vagar á los bailadores en una atmósfera nebulosa de melancolía. Las jóvenes vestidas de blanco parecía que volaban conduciendo en sus brazos á aquellos jóvenes hacia un mundo desconocido; era como una visión de leyenda alemana; y sin embargo, nuestro elegante soltó una desdeñosa carcajada al ver á los pollos de la ciudad vestidos puritanamente con su pantalón blanco de dril y con grandes sacos del mismo género, que se usan como traje diario y bajan hasta la rodilla. Entonces contempla su frac que lucía negro como el ala del cuervo, su pantalón "collant;" y como el caballero que pasa la vista sobre su

armadura damasquina, y comparándose con sus enemigos desarmados se lanza á la pelea seguro de la victoria, el mexicano se arroja en medio del baile soñando que van á volar á él con los brazos abiertos todas las sílfides de Colima. Por un momento le parece que su sueño se vuelve realidad; todas las bailadoras se desprenden de sus compañeros y corren hacia él con las manos tendidas; pero ¡ay! en cada mano llevan un puño de harina que le arrojan al desgraciado á los ojos, al cabello, al frac, al pantalón. Hasta entonces se fija en que todos los concurrentes están enharinados, hasta entonces ve que en los rincones de la sala hay barriles llenos de harina; y al oir la carcajada que resuena en su derredor, comprende cuán felices son sus rivales con su traje blanco, y cuán infeliz él con su impropio traje de conquistas. Corrido salió el vanidoso, y poco después volvió envuelto en un saco de lienzo que el dueño de la casa le prestó; y como éste era un alemán muy gordo y muy alto, su saco le servía de traje talar, y le daba por detrás cierta semejanza de sacerdote druida.

Estos bailes substituyen á nuestros cascarones y á nuestras mascaradas, y ellos forman la delicia de la cuaresma de Colima.

XIII

Nada hay más delicioso para un extranjero, que pasear en la tarde por Colima; todas las jóvenes sacan á la acera de la casa en que viven sus sillones, y allí forman tertulias con sus amigas y sus conocidos; de manera que en un solo paseo puede decirse que se conoce toda la población. El aspecto de esos grupos es encantador, pues todas las jóvenes usan por el calor trajes de gasa. En las mañanas, no se puede ir á visitarlas porque casi nunca se visten sino muy ligeramente, hasta en la tarde; pero entonces despliegan toda su coquetería, haciendo contrastar los más vivos colores en su vestido con sus ojazos negros y su color apiñonado.

Después del paseo por la ciudad, involuntariamente se dirigen los pasos á los arrabales. En uno de ellos hay una piedra, y se dice que todo el que en ella se va á resbalar, se queda en Colima, ó se casa allí ó se muere. En otro hay un manantial que llaman del Santo, en que brota la única agua verdaderamente potable de la ciudad, pues la que generalmente se bebe, á más de no ser muy agradable al paladar, contiene sales que producen va-

rias enfermedades, siendo la más repugnante el buche que debajo de la garganta se forma y se desarrolla desfigurando á la persona enferma.

Y ya que de enfermedades hablamos, diremos que allí son endémicas las calenturas intermitentes, las fiebres remitentes, disenterias incurables y las demás enfermedades de la costa; y además la fiebre fria, que es una horrorosa calentura, que produce un sudor como la nieve, y que hace morir al enfermo enteramente helado en el exterior. El hospital de San Juan de Dios continuamente está lleno.

Si á las enfermedades agregamos los insectos, como son los alacranes, las madres chinches, las cucarachas, el pinolillo, las niguas, que se entierran en los dedos de los pies, forman en ellos bolsas que les sirven de habitación y en ellos procrean, los frailes, que van destilando un licor venenoso que irrita horriblemente, la tijerilla que tiene una antena en forma de tijeras, y otros mil insectos, se comprenderá que tiene sus inconvenientes la vida de esa ciudad. Entre los insectos hay uno que llaman el niño, y al cual la preocupación popular le da la forma de un niño humano, y dice que mata instantáneamente si muerde. Nosotros pudimos tener uno á la mano, y podemos asegurar que su figura queda lejos de la que se pretende darle.

XIV

No puede recordarse Colima sin hablar de sus volcanes. Son dos conos, de los cuales uno es perfecto y se eleva á tal altura, que su frente está cubierta continuamente de nieve. El pueblo lo llama el volcán de nieve. Al otro que junto á él está, y tan cerca que se puede decir que tienen la misma base, lo llaman el volcán de fuego, sin duda porque algunas veces arroja todavía humo y llamas. Ambos parecen reunidos dos columnas que sostienen aquel magnífico cielo de la costa. Su elevación parece mayor porque se miran desde una tierra que está casi al nivel del mar. Desde el Pacífico y á muchas millas del Manzanillo, se contempla su frente envuelta en nubes: á donde quiera que la vista se extiende, se ve solamente la inmensidad de las aguas, y allá á lo lejos, como fuera del horizonte, los picos de esas montañas colosales.

Entre Colima y los volcanes hay un mar de árboles y palmas; y la vista se recrea en pasar desde el plátano de hojas de esmeralda, hasta el gigante que en las tardes al hundirse el sol, parece que se envuelve en un manto de púrpura y oro.

Es muy común por acá confudir el vol-

cán de Colima, que así se llama, con el Jorullo: éste se encuentra en el Estado de Michoacán, cerca de la ciudad de Ario, é hizo su erupción después de dos meses de temblores, el 29 de septiembre de 1759, levantándose la tierra en medio de una llanura de cañas de azúcar, con una jibosidad de 160 metros en el centro, y con otras muchas más pequeñas, mientras que los volcanes de Colima son dos montañas viejas como el mundo.

XV

Colima es una ciudad histórica: formó un reino independiente antes de la conquista de los españoles, y le estuvieron sujetos los cacicazgos de Xicotlán, Autlán, Zapotlán y Zaulán; y extendía sus armas por un lado hasta Amecan y Cocula, y por el otro hasta Tuxpan, Zacualco y Xiquilpan. Los pueblos de Colima hablaban el idioma mexicano, y sin duda existieron desde las primeras inmigraciones de las tribus de lengua nahua.

Cuando la conquista, Cristobal de Olid pretendió sojuzgar aquel reino, y al efecto marchó á él con gran cantidad de indios, y con más de cien españoles

infantes y cuarenta caballos; pero después de varios días de pelear quedó vencido, perdiendo tres españoles y gran número de aliados. Para vengar esta derrota, mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval con veinticinco ginetes y setenta peones, y gran número de indios; y habiendo reforzado su ejército en Zacatlán, con más españoles, logró vencer, aunque con innumerables pérdidas de gentes y de caballos, siendo, como es sabido, más sentida la muerte de éstos que la de los cristianos. Cortés repartió la tierra entre veinticinco ginetes y ciento veinte peones. Felipe II le concedió el título de villa, con el nombre de Santiago de los Caballeros; y por fin volvió á ser ciudad por la Constitución de 1824, y capital del Estado que lleva el mismo nombre de Colima, por la Constitución de 1857.

Histórica ha sido también Colima en nuestras guerras civiles; pero no es nuestro ánimo narrar tales sucesos.

XVI

Colima, en la actualidad es una ciudad rica que prospera cada día más; es el lugar de depósito del Manzanillo, y tiene un comercio muy activo compuesto en su

generalidad de alemanes. Sus haciendas producen la mejor clase de arroz y añil. Se siembra el maiz, el cacao, el frijol, el café, la caña de azúcar y otros frutos muy productivos. Su famosa sal es ya una riqueza. Abunda en maderas, y baste decir que el ébano sirve de leña en los jacales, para conocer su abundancia.

Colima, será, sin duda, una ciudad poderosa, si un terremoto no la hunde, ó no la cubre la lava de sus volcanes.

1864.

LA SIERRA DE DURANGO.

I

La antigua Guadiana, capital de la provincia de Nueva Vizcaya, y hoy del Estado de Durango, es una población simpática, colocada á las márgenes de un río, y al pie del famoso cerro de Mercado. Por donde quiera que se llegue á ella, hay que atravesar el desierto, cuya soledad custodian los indios bárbaros. El cerro de Mercado, que se puede decir que es todo de fierro, es una de las riquezas que el porvenir reserva á nuestro país. Con sus piedras, ó más bien dicho con su fierro, están formadas las calles de Durango. Se ha calculado que con el valor de ese solo cerro, se podría formar al mundo una doble cintura de pesos mexicanos.